



Narrar la desigualdad: las disimetrías urbanas en *La vivienda del trabajador*

Gonzalo Eduardo Villalba¹

Facultad de Humanidades y Artes – UNR
gevallalba123@gmail.com

Resumen: este artículo se propone analizar la descripción de la ciudad de Rosario que Helder efectúa en *La vivienda del trabajador* mediante el registro selectivo de objetos que connotan un panorama de decadencia. Tal escenario asociable con las profundas asimetrías sociales que evidencian las listas de elementos observados por Helder en los diferentes espacios de la ciudad, al mismo tiempo, constituye una representación disruptiva respecto del progreso urbano atribuido al crecimiento exponencial de la edificación en Rosario. De ahí que la crónica de Helder –también– permita rastrear un planteo en clave de heterotopía (Foucault, 1984) que problematiza la planificación urbana de Rosario en relación con la distribución desigual de la riqueza.

Palabras clave: Ciudad – Asimetrías – Objetos – Espacios – Heterotopía

Abstract: This article proposes to analyze the description of the city of Rosario that Helder makes in *La vivienda del trabajador* by means of the selective register of objects that connote a decadent panorama. Such scene associable with the deep social asymmetries that show the lists of elements observed by Helder in the different spaces of the city, at the same time, constitutes a disruptive representation regarding the urban progress attributed to the exponential growth of the building in Rosario. The chronicle of Helder –also– allows us to trace a proposition in the key of heterotopy (Foucault, 1984) that problematizes the urban planning of Rosario in relation to the unequal distribution of wealth.

Keywords: City - Asymmetries - Objects - Spaces - Heterotopy

¹ **Gonzalo E. Villalba** es Profesor y Licenciado en Letras (UNR). Ha sido ayudante de segunda categoría en las cátedras de Literatura Argentina I y II de la Facultad de Humanidades y Artes. También ha participado y presentado ponencias en jornadas y congresos referidos a la literatura argentina.

El registro de Rosario en la crónica de Helder *Las viviendas del trabajador* (2008) esboza un panorama decadente a través del relevo puntilloso de las asimetrías entre los espacios y habitantes que conforman la ciudad. Esos contratos documentados mediante la enumeración de objetos y propiedades observados en la ciudad constituyen, al mismo tiempo, series de polarización entre materiales endeble/consistentes y descartables/perdurables que advierte de la distribución desigual de la riqueza en Rosario. Inequidad que sintetiza el desbalance en la ciudad del presente entre –según precisa Helder– “los edificios de departamentos y oficinas cada vez más altos en el radio céntrico y crecimiento horizontal de asentamientos periféricos” (21) evidencia, a su vez, una relación tensa del cronista con el propio contexto que no desemboca en el denunciado ni en la conmiseración pietista sobre las extensas zonas marginales de la ciudad.

Por el contrario, la consignación minuciosa de Helder de las características suntuosas que exhiben las megaconstrucciones del centro rosarino funda una apreciación negativa de su entorno que resulta lúcida en tanto advierte –siguiendo la tesis de Agamben– “el haz de tinieblas que proviene de su tiempo” (“¿Qué es lo contemporáneo?” 14). En efecto, si para Agamben un sujeto es contemporáneo de su época en virtud del desfase con las aspiraciones generacionales que llevan a “percibir no la luz sino la oscuridad” (13), la descripción pormenorizada de Helder de los rasgos ornamentales y superfluos de las megaconstrucciones visibiliza una extraordinaria concentración de capital, obnubilada para la mayoría de los ciudadanos quienes –comenta Helder– “registran con una serie virtualmente infinita de fotos la vista extasiada de los edificios en construcción y recién construidos” (*La vivienda del trabajador* 59-60).

En este punto, si el hallazgo de los rasgos negativos del contexto presupone una construcción por la cual la oscuridad –dice Agamben– “no es una forma de inercia o de pasividad, sino implica una actividad y una habilidad particular” (14), el ejercicio perceptivo de Helder concreta esa práctica con la anotación puntual de los objetos que inciden en la producción de las diversas escenas urbanas de desigualdad registradas por la misma

crónica. De ahí que Helder anteponga a la descripción de Rosario, una extensa reseña del espacio aledaño a la ciudad en la cual el registro de restos de maquinarias y fábricas derruidas distribuidas a lo largo de una extensión inconmensurable de campos sembrados con soja, advierte –y anticipa– la falta de trabajo en Rosario determinante de la expansión de las zonas marginales urbanas.

Escenario circundante a Rosario que permite a Helder trazar una nueva polaridad entre la diversidad de tonalidades percibidas en el óxido de las máquinas y fábricas abandonadas y, por otro lado, la uniformidad del “mismo color verde perfecto” (25) con el cual Helder alude el monocultivo de soja observado en los campos a la vera de la ruta que conduce a Rosario. Esa monotonía del espacio rural si bien produce hastío en la mirada de Helder que “va llevando –dice– gradualmente al sueño” (16), al mismo tiempo permite ligar esa homogeneidad con la injerencia de inversiones de capitales concentrados radicados en la ciudad, cuya intervención transforma el ámbito agreste del campo en un espacio artificial conformado –según detalla Helder– por “figuras geométricas que encajan entre sí como un tapiz de retazos” (16). Descripción que si bien percibe y registra la uniformidad del entorno rural en la división perfectamente medida de las parcelas, por otro lado, también advierte la conformación manipulada de ese escenario a partir de la reiteración de las marcas de agroquímicos que visualiza en los carteles colgados en el alambre de los campos. En efecto, el apunte de los nombres de esos productos si bien registra, por un lado, una repetición asociable con la homogeneización de los campos “sembrados el mismo día, con la misma marca genética, rociados con el mismo agroquímico” (60), al mismo tiempo revela un reducido grupo de empresas transnacionales fabricantes de esos insumos agropecuarios que instituyen, entonces, la economía de monocultivo concluyente en “la estepa transgénica que produce la riqueza que se traduce en cada vez más concentración de edificios cada vez más altos y más villas en sentido horizontal” (60).

De tal modo, si la prevalencia de la *ratio* de mercado trasmuta –según puede leerse en la crónica– el medio rural a una extensión monocorde de

soja, ese mismo axioma condiciona, luego, el crecimiento desigual de Rosario que Helder observa en la proliferación asimétrica de edificios monumentales y viviendas paupérrimas dentro de la ciudad. Puesto que si las altas rentas obtenidas de la exportación de soja legitiman, por un lado, la uniformidad del espacio rural instituido con el cultivo exclusivo de ese grano, por otro lado, esas ganancias también promocionan el desarrollo dispar de Rosario a través del financiamiento de edificios fastuosos con comodidades y servicios onerosos, cuya construcción –apunta Helder– “no se debe a los éxitos del proceso de industrialización (...) sino a tres o cuatro años de cosechas récord con precios agrícolas muy altos en el mercado internacional” (11).

De tal forma, las propiedades lujosas exhibidas por las megaconstrucciones, consistentes en “piscina cubierta, solárium, gimnasio, quincho, sala de relax” (28) si bien presupone, por un lado, una inversión copiosa de dinero procedente de la cosecha de la soja, al mismo tiempo consume un gasto excesivo rayano a la dilapidación. Ese gesto de derroche identificado en la ciudad del presente promueve, por otro lado, la indagación de Helder respecto del uso del dinero efectuado por la clase terrateniente en los albores del siglo XX –período en el cual, reseña, “la estructura social y económica del país se transformaba dinámicamente con la llegada de capitales y millones de trabajadores europeos” (55)– rastreable desde el propio archivo bibliográfico donde *Historia de Rosario* de Juan Álvarez sobresale “como una fuente a la que se vuelve” (52). En este punto, la revisión del proyecto liberal de desarrollo que Álvarez concibe en torno de la búsqueda de conciliación entre capital y trabajo, le permite a Helder reconocer la trasgresión de ese axioma acometida por la clase terrateniente con su negativa a otorgar una retribución justa a los trabajadores que motiva el afán –según la cita de Álvarez transcrita– de “adquirir bienes más allá de todo límite razonable” (58). De allí que la sobreacumulación de riquezas por parte de la oligarquía actualice, luego, en el presente, ese gesto de exceso con la siembra exorbitante de soja en los campos, cuyos rindes extraordinarios solventan, finalmente, el gasto oneroso que insume construir edificios suntuosos.

En tal sentido, la revisita de Helder a la obra de Álvarez concita la emergencia de una heterotopía a partir de la observación de las torres céntricas rosarinas en tanto que si, como señala Foucault, la heterotopía tiene “el poder de yuxtaponer en un solo lugar real múltiples espacios” (“De los espacios otros”, en línea), la arquitectura fastuosa y diseño soberbio en altura de esas construcciones presupone una concentración grandilocuente de capital que continúa –e incluso acentúa– la posesión exorbitante de riquezas que otrora Álvarez cuestionara a la clase terrateniente rosarina. De ahí, entonces, el motivo de corrimiento de Helder respecto de la celebración comunitaria de esas megaconstrucciones reproducidas tanto en las fotografías tomadas por los habitantes como también incluidas en la folletería municipal, en tanto esas imágenes difunden una falsa noción de progreso que invisibiliza –o mejor aún: deja fuera de foco– las abundantes construcciones precarias emplazadas en la periferia de Rosario.²

De tal forma, la contemplación de Helder de los edificios céntricos funda el malestar con el propio tiempo debido al dispendio cuantioso de fondos en esas construcciones que contrasta, luego, con los materiales precarios constitutivos de las precarias casillas observadas en los suburbios de Rosario. En efecto, la recorrida de Helder por las zonas marginales de la ciudad distingue y lista un amplio conjunto de objetos desechados y corroídos que si bien, por un lado, polariza con los elementos ornamentales de las megaconstrucciones, al mismo tiempo describe una escena de miseria que refracta el panorama de progreso y bienestar comunitario asentado en las imágenes de las gigantescas torres del centro rosarino.

Ahora bien, si la consignación pormenorizada de Helder de los materiales endebles y descartados predominantes en el área periférica de la ciudad registra la contracara de las fotos del aglomerado de edificios asociadas al desarrollo urbano, no hay allí una pretensión de escenificación

² En este punto, la revisión de Helder del propio archivo sobre Rosario individualiza una publicación del Banco Municipal destinada a los asentamientos irregulares en virtud de que la tapa de ese documento exhibe una foto donde están excluidas las villas. Dicha omisión prefiere ofrecer entonces –conforme reseña Helder– “una postal de la alta densidad de edificación del macrocentro a 1992, con el Monumento en primer término” (60).

pietista de la pobreza, sino una ambición de descripción objetiva sobre el propio contexto que insume –siguiendo la tesis de Agamben– “neutralizar las luces que provienen de la época para descubrir sus tinieblas” (14). En tal sentido, la extensa reseña de Helder de los múltiples espacios marginales de Rosario que sobrepasa, en la crónica, a la descripción de la torres del radio céntrico, presenta un panorama de decadencia documentado a partir de la enumeración precisa y minuciosa de los elementos derruidos y poco consistentes que observa en la mayoría de las fachadas de las viviendas de ciudad.

Ese deterioro en las viviendas producto de la herrumbre o bien de la fragilidad de los materiales empleados en la construcción (y, aquí, apuntamos el listado de objetos descartados con los cuales son erigidas las casillas) permite asociar esa corrosión con el óxido que Helder, anteriormente, observara en las máquinas y fábricas abandonadas a la vera de la ruta hacia Rosario. Óxido que si bien testimonia el fin del trabajo industrial distintivo de la “sociedad de productores” (Bauman *Vida de consumo* 50),³ al mismo tiempo puede relacionarse con la estructura derruida de la mayoría de viviendas rosarinas que exhiben “frentes deteriorados, con la pintura borrada” (36), cuyo desgaste manifiesta –en esa falta de manutención– la insolvencia económica de sus moradores producto de la pérdida masiva de puestos de trabajo ocasionada por la extinción de la era industrial. De allí que si la descripción puntillosa de las falencias y roturas de las fachadas posibilitan, por un lado, apreciar esas viviendas como vestigio de la era industrial, por otro lado, ese estado deteriorado polariza con la arquitectura fastuosa de las megaconstrucciones que dinamizan –en el presente– la transformación de la ciudad a partir de la destrucción de la infraestructura del pasado industrial por la cual, anota Helder, “se derrumban silos, elevadores inmensos y

³ Adoptamos, aquí, el concepto propuesto por Bauman para definir el modelo moderno de industrialización en el cual los cuerpos y subjetividades eran modelados, según apunta el sociólogo, por “la ética del trabajo” aprehendida dentro de las fábricas o en la prestación de servicios. Período que clausura la actual sociedad de consumidores regida por la sobreestimulación individualista que promueve, dice Bauman, “un aumento permanente del volumen y la intensidad de deseos” (50), concluyente en la compra cíclica y asidua de productos asimilada al ejercicio de derechos de ciudadanía.

reexcavando los cimientos, sin rastro de cementerio guaraní, se levantan torres de 45 pisos, idénticas entre sí” (59).

De tal forma, la prolífera construcción de torres monumentales en Rosario financiada con las cuantiosas ganancias de la exportación de soja, no sólo elimina la infraestructura ligada al mundo del trabajo (innecesaria, por cierto, ante la obtención de fondos de la actividad agraria), sino también erige paraísos artificiales de consumo donde la minoritaria clase terrateniente dilapida su fortuna. De ahí que si bien la multiplicación de edificios suntuosos uniforma, por un lado, el centro de Rosario bajo el patrón global y antientrópico de la “estética de shopping” (Sarlo *Escenas de la vida posmoderna* 17), al mismo tiempo estimula una concepción de la ciudad ligada a la capacidad de consumo por la cual resulta legítima, entonces, la expulsión de los sujetos con menor capital al área periférica urbana. Esa zona fronteriza con el basural donde se arrojan los residuos producidos por los habitantes del centro exhibe una serie de elementos rudimentarios que integran, según enumera Helder, “madera, chapa, cartón, fierros, alambres, plástico, tela, palos” (28) que reaparecen, luego, en la enumeración de los materiales de construcción y reparación que visualiza en las derruidas y precarias viviendas de la periferia rosarina. De ahí que la descripción detallada de esas construcciones no registre meramente la distribución injusta de la riqueza sino también repare en la reclusión de los habitantes con menores recursos en los márgenes de la ciudad debido a la insolvencia económica para consumir que prefiguran los escasos y maltrechos bienes listados por Helder.

En efecto, la organización del centro dispuesta para el gasto oneroso que presupone, por un lado, las propiedades lujosas de las megaconstrucciones junto a la oferta de productos y servicios sofisticados restringen, entonces, ese espacio de la ciudad a los habitantes con gran caudal de dinero, tal como sugiere la colocación de carteles publicitarios de esos bienes por encima de los techos de las deterioradas casas situadas en los suburbios de Rosario. Esta disposición de los carteles –referida por Helder en la descripción de la periferia- sugiere, según entendemos, la fundición de la noción de ciudadanía con la capacidad de consumo que margina y excluye,

consiguientemente, a las personas de escasos recursos, vedadas tanto para visibilizar como adquirir los bienes y servicios comercializados en el centro de Rosario. De ahí, entonces, los fundamentos de la evaluación positiva de las megaconstrucciones ponderadas como ejemplos de desarrollo urbano, puesto que la ciudad se concibe para los habitantes con solvencia económica para adquirir las mercancías que anuncian los carteles de la periferia, cuya oferta conformada –según enumera Helder– por “servicios de vigilancia, hipermercado a tres minutos, tecnología alemana” (28) contrasta, radicalmente, con los pertenencias rústicas de los residentes de los suburbios.

Estas escenas de asimetrías que Helder refiere constantemente en la crónica a partir de la enumeración de los diferentes objetos y propiedades observados en su recorrida de la ciudad obtienen, finalmente, una descripción objetiva del presente paupérrimo de Rosario en virtud de la población mayoritariamente empobrecida y desocupada que deja entrever la polaridad entre los elementos listados sin recurrir a una escenificación miserabilista de la marginalidad. Por el contrario, el registro puntilloso de Helder de los elementos deteriorados que exhiben la mayoría de las viviendas rosarinas permite leer, allí, una apuesta de máxima literaturidad por la cual, ese listado de materiales endebles y corroídos, prefigura un panorama urbano alternativo a la ciudad próspera y moderna que promocionan las fotos de las monumentales torres céntricas. Escritura plenamente consciente de su condición minoritaria debido al posicionamiento impotente de Helder ante la celebración comunitaria de la concentración de capital que erige y financia las megaconstrucciones, no obstante, profiere desde la inutilidad social de la búsqueda iconoclasta de objetos sobresalientes por su descomposición, una apuesta de máxima literaturidad, esto es, la representación crítica del mundo a través de la potencia de la forma.

Bibliografía

Agamben, Giorgio. “¿Qué es lo contemporáneo?”. *Desnudez*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2011.

Bauman, Zygmunt. *Vida de consumo*. Buenos Aires: FCE, 2007.

Foucault, Michel. “De los espacios otros”, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo. Web.

http://yoochel.org/wp-content/uploads/2011/03/foucalt_de-los-espacios-otros.pdf Acceso: lunes 10 de junio de 2019.

García Helder, Daniel. *La vivienda del trabajador*. Rosario: EMR, 2008.

Sarlo, Beatriz. *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires: Ariel, 1994.